

# HA LLEGADO EL DOCTOR

por

EDGARD NEVILLE

Un día siente el hombre una casi imposibilidad de mantenerse en pie; sus ojos le duelen y nota en su interior un sordo y caliente bordonero; nada de lo que habitualmente le agradaba le complace, y se rinde si quiere andar dos pasos. Su cabeza tiene un espeso silencio, como el de una ciudad en domingo, y el sueño es su único consuelo; el hombre está enfermo.

Hasta una cierta edad, en la vida todo lo cura la aspirina; pero llega un momento en que no basta, y entonces el enfermo busca en la ciencia y entra en relación con el médico.

Cada hombre sabe a los cuarenta años de qué va a morir; los enfermos del pecho lo saben, y los que un día nos quedaremos pasmados como en una instantánea al fallarnos el corazón lo sabemos también. Todo el mundo lleva su muerte en el regazo, cuidándola bien como algo muy suyo hasta el día propicio. Pero a medida que avanzamos en la vida nos asusta menos perderla, y por eso vemos a nobles ancianos que la esperan sin temor y que dicen: «Si yo puedo vivir tres años más, me contento.»

Y es que lo peor de la muerte es si nos pilla con algo a medio hacer, y cuando se llega a la vejez ya se hizo todo y no queda más que esperar.

Hierran los que se burlan del médico, los que hacen bromas sobre su fallabilidad precisamente por sus fallos. El médico es una ayuda espiritual inapreciable; a veces sabe lo que tenemos y un remedio que a lo mejor nos sana; pero nada puede hacer si no aparece en la habitación del enfermo nimbado por un prestigio que ya en sí cura.

Los médicos antiguos sabían esto muy bien y lo cuidaban con esmero. Ellos fueron los que pasearon las últimas levitas sobre la tierra y los que llevaban los más lujosos bastones de maniat y puño de plata. Era tal su prestigio, que los enfermos amigos no se atrevían a pagarles con dinero, y el día de su santo les regalaban bastones y, sobre todo, inmensas escribanías de bronce y cristal.

¡Qué enorme era la distancia entre un niño enfermo y un médico enlevitado! Pero para acortarla, el doctor llevaba caramelos de «La Pajarita», y al niño, que le habían prohibido comer de todo, le llenaba de fe esa bula azucarada.

El médico moderno tiene más de general, y el enfermo es preferentemente un campo de batalla, donde rifen los bacilos buenos contra los malos. El médico analiza los progresos de un ejército y otro, y va proporcionando refuerzos donde cree necesario. La expresión de angustia del pobre «campo de batalla» no le impresiona demasiado, y le suele relatar el combate como si a éste no le afectara directamente.

—Se han metido en el hígado, pero ya saldrán; vamos a reforzarlo con esto y con lo otro...—Y se marcha.

Cuando el enfermo es de los que se tienen de pie, comienza la ronda de los análisis para preparar un

plan de ataque después de saber las posiciones del enemigo.

Todo esto está bien, es más eficaz y seguro que lo de antes; pero, sin embargo, no habría que perder el efecto moral de la presencia del médico junto al enfermo, lo que tenían de hechiceros salvadores, de hombres providenciales, pues la fe en un doctor produce penicilinas impensadas en el organismo de los dolientes.

No conviene que el médico diga: «No sé aún lo que tiene; nos lo dirá el análisis»; ni que el médico sea contrario a emplear medicinas.

El médico es un actor, y su mejor medicamento es decir con una sonrisa: «Esto no es nada.» Y tomar decisiones concretas.

Luego, el tiempo hace lo demás; o la batalla se pierde y se llega al infinito silencio, con todo lo triste y todo lo consolador que tiene a la vez la muerte, o vuelven las fuerzas y se llega a esa maravillosa primavera particular del hombre que es la convalecencia.

El enfermo necesita creer en el médico para curarse, y para eso es preciso que éste dé la impresión de tener siempre en la mano los remedios decisivos.

¿De qué debe hablar el médico en casa del paciente? Esto no es cosa baladí y depende de la psicología del enfermo y de su estado.

Hay médicos que hablan de todo menos de la enfermedad; es un modo de decir que aquello no tiene importancia. Hay otros que se dedican a atender a todos los familiares y amigos del enfermo, que aprovechan la visita del médico para contarle sus dolencias: «Yo, por las mañanas, me levanto con un dolor aquí, que luego se me quita. ¿Será el hígado?»

Los que la gente, como yo, prefiere son los que hablan de la enfermedad y le dan todas las vueltas posibles, ilustrando al paciente, que se convierte en un espía del médico, escuchándose todos los síntomas, para luego delatarlos al doctor.

Esto está bien, salvo en los casos de gravedad, y también es preciso para la buena marcha del asunto que el médico se acuerde bien de lo que le ha dicho el enfermo el día anterior, para no desdecirse, porque no hay nada tan preciso, tan exacto, como un doliente asomado sobre sí mismo.

Un día el enfermo siente cómo le inunda un vigor tibio, la luz le parece más clara y las cosas más deseables; es que está bueno. La idea de la muerte no le impresiona y se permite el juego de imaginársela y calcular qué será lo mejor, si la nada absoluta en toda su profundidad, o bien el premio supremo: el volver a la vida; y ya a grandes pasos vuelve a la plenitud de su vigor; el médico desaparece porque han ido cayendo aquí y allá otros hombres que ayer eran vida robusta y hoy necesitan refuerzo para seguir el camino, y el ayer paciente se reincorpora y vuelve a transportar de un lado a otro su «campo de batalla» privado, en el que esta vez han vencido los buenos.